



SANTOLARIA SOLANO, CRISTINA (2022). *¡UN MILLÓN DE PRINCESITAS! LA ESCENA MADRILEÑA PARA LA INFANCIA EN EL PRIMER FRANQUISMO*. MADRID: ASSITEJ ESPAÑA



En el último capítulo de *¡Un millón de princesitas!*, titulado con cierta sorna «Y colorín colorado», la autora aparentemente se disculpa por lo extravagante (en el sentido estricto de la palabra) de la investigación emprendida para este libro:

Los investigadores más canónicos quizás consideren el presente estudio sobre la escena madrileña para la infancia durante el primer franquismo una investigación un tanto *sui generis*, lo que se explica por la carencia de materiales, que nos ha obligado a rastrear diferentes fuentes a la caza de documentación: hemos acudido a la cartelera del CDAEM como médula desde la que iniciar nuestra búsqueda; hemos revisado un número elevado de expedientes de censura del AGA, pero este no es un trabajo específico sobre la impronta de la censura en el teatro dirigido a los más jóvenes; hemos revisado la prensa de las dos décadas, pero nuestro trabajo no se ha ceñido a la recepción... (pág. 229).

Y, sin embargo, precisamente por no limitarse a un solo aspecto de la cuestión, el libro de Cristina Santolaria es de una riqueza y de una amplitud extraordinaria. Como explica en ese mismo capítulo, «los materiales sobre el teatro para la infancia escasamente se han conservado, y si lo han hecho, están totalmente desperdigados y confundidos entre otras disciplinas» (págs. 229-230). Por ello, la autora recurre a fuentes muy poco utilizadas hasta el momento para estudiar el fenómeno del teatro infantil y juvenil, como es el fondo de la censura que se conserva en el Archivo General de la Administración (AGA) en Alcalá de Henares. En este aspecto, como reconoce Cristina Santolaria, ha contado con

la importantísima labor previa de Emeterio Díez y de Berta Muñoz, autora esta última, además, de estudios fundamentales sobre el teatro infantil durante el franquismo.

Un mundo, el del teatro infantil, que ha sido injustamente olvidado por los estudiosos, seguramente por considerar que se trata de un género menor, a menudo de ínfima calidad. La autora reconoce que, excepto algunas iniciativas excepcionales, el teatro infantil de la posguerra fue, o bien una forma de inculcar la ideología falangista, o bien una forma de aprovechar el tirón que tenía el público infantil para montar espectáculos donde era más importante la rifa de la muñeca Mariquita Pérez que la obrita que la acompañaba. Muy a menudo los censores, especialmente los que se leían los textos -que no eran todos, según sospecha la autora- desdeñaban los textos que aprobaban con anotaciones como: «Valor literario: carencia total. Valor teatral: absolutamente ninguno. Juicio general: Pues que es costumbre tolerar ordinariíces y desatinos infantiles, haya uno más para mala educación» (pág. 220). A pesar de todo, *Un millón de princesitas* resulta un estudio fundamental para conocer toda una época del teatro español, poniendo de relieve algunos aspectos que ya habían señalado otros estudiosos, como es el caso de la supervivencia de algunos modos teatrales de la República de mano de profesionales como Felipe Lluich, José Franco o Modesto Higuera, que tuvieron también su importancia en el teatro infantil de la posguerra. O la lucha entre el nacionalsindicalismo de Falange y el nacionalcatolicismo de la Iglesia en el ámbito de la censura y de la programación teatral.

El libro de Cristina Santolaria, en conjunto, es una excelente aportación al estudio del teatro infantil y a la sociología teatral de los años 40 y 50, aparte de un buen repertorio de obras, líneas de trabajo y de personalidades hoy en día casi olvidadas, como Natalio Rodríguez, «Talío», o Juan Antonio Díaz Gómez de la Serna, «Maese Villarejo». La abundantísima documentación, la objetividad con que está tratada, la transparencia del estilo y la manera imperturbable que tiene la autora de resaltar algunos valores de una de las épocas más infames de nuestra historia reciente no están reñidas con ligeros apuntes de finísima ironía que de vez en cuando se permite -bendito permiso- Cristina Santolaria. Así, cuando transcribe las palabras del crítico del diario *Madrid* en 1942 sobre la Escuela de Arte de Educación y Descanso:

La Escuela de Arte, templo de la elevada belleza, constituye hoy en el concierto renovador de las nuevas instituciones del Movimiento, que recogen y encauzan los anhelos públicos y los valores nacionales, un estupendo exponente de lo que quiere ser España por medio de sus hijos, héroes, pero también, poetas, artistas, que sepan dulcificar con las muestras de su genio los sacrificios que el bien de la Patria exige siempre.

Ante este torrente de palabras de una trasnochada retórica más decimonónica que falangista, la autora nos rescata de tanta balumba con una muestra de humor a la que no le falta una pizca de crueldad:

¡Casi nada! Y más, si los frutos de tanto esfuerzo se concretan en proyectos como la representación de *La venganza de don Mendo*, dirigida por Pedro Arias en el Teatro Español, en mayo de 1943, función a la que asistieron los jefes del sindicato vertical (pág. 85).

O bien, cuando hace un repaso de la labor de los censores franquistas, labor hecha sin interés y con absoluta desidia, y se detiene en el más conciencioso de todos, Emilio Morales de Acevedo:

En más de una ocasión he tenido la sensación de que no habían leído el texto. Excepción de lo dicho es el trabajo como censor de Emilio Morales de Acevedo, quien se mostraba extraordinariamente puntilloso en su labor, con comentarios, muchas veces, ridículos. *Bueno, eso, todos o casi todos* (pág. 213. La cursiva es mía)

Son muchos los apuntes de este estilo que alegran la lectura y hacen más amena la exposición de los datos, además de mostrar sin estridencias el punto de vista de la autora. Como lector, tengo estas amables apostillas por uno de los méritos mayores de este libro admirable.

Fernando Doménech

